

lenguaje de rey *venir detras*, no delante, que es traicion y usurpar; no al lado, que es competir y atreverse; sino detras, que es servir. Señor, en nada se ha de ver primero al criado que al señor. « Niéguese á sí mismo »; porque sólo el que esto hiciere no negará á su rey. Toda la fidelidad de un privado está en negarse á sí las venganzas, las codicias, las medras, los robos, las demasias, la adoracion; y en negándose esto á sí mismo, va detras de su señor, y no le va arrastrando tras sí como alevoso que se concede á sí propio no sólo quanto desea él, sino quanto los otros; pues de la necesidad ajena saben lo que pueden envidiar á los méritos y á la virtud. « Y tome su cruz cada dia. » No dice: « Tome mi cruz », que eso era darle el reino, sino « tome la suya, y tómelala cada dia », que en esa tarea está la verdad y la salud. Rey que ruega á otro con su cruz, adelantase contra sí á la blasfemia del mal ladron. Señor, vos habéis de llevar vuestra cruz, que son vuestros vasallos y vuestros reinos, no otro; habéis de llamar á vos á los que quisieren ir detras, no delante; á los que se negaren á sí propios; y juntamente habéis de mandar que no os siga sino el que cada dia tomare su cruz; y ha de ser cada dia, porque el dia que quien os sigue deja de tomar su cruz toma la vuestra, y esto no es seguiros sino perseguiros. Hubo, Señor, quien ayudó á llevar la cruz á Cristo; mas no le llamó él, sino los verdugos. Fué en esto ingeniosa su maldad, y mostraron docta hipocresia, pues en traje de misericordia razonaron su mayor martirio llamando quien le aliviase el peso que tanto amaba. Mas como el Cirineo era hombre, lo poco del leño que alijeró con los brazos, cargó inmensamente con sus culpas. Señor, quien va delante del rey, le arrastra, no le sirve; quien va al lado, le arrempuja y le esconde, no le acompaña. Ladrones asistieron al mayor y mejor principe; mas quien le quiso quitar de su cruz, se condenó. Cayó quien le pidió que bajase, y tuvo nombre de malo; solamente se acordó de quien, dejándole en su cruz, padeció en la suya.

Al pié de la cruz estuvo la Virgen madre de Cristo, y no empezó sus mandas por acompañar su desconsuelo con San Juan. Primero pidió perdon para sus enemigos, y premió la fe del buen ladron, porque aprendiesen los reyes á cumplir pri-

mero con las obligaciones del oficio, que con las propias, aunque sean tales. Por eso dice en su *Decacordo* el doctísimo cardenal Marco Vigerio de Saona: « Para que aprendiéramos á anteponer por nuestro oficio las utilidades públicas á las nuestras propias. Cuando nuestro sapientísimo rey, estando para espirar, ántes se acordó en el codicilo de sus enemigos y de los pecadores, que de su Madre. » No puede pasar la fineza de este parentesco, ni desentender de esta imitacion, sino quien por consejo de un ministro malo se bajase de su oficio.

CAPÍTULO IX.

DE QUÉ MANERA ENTRE EL REY Y EL VALIDO EN SU GRACIA SE CUMPLIRÁ TODA JUSTICIA; Y DE QUÉ MANERA ES LÍCITO HUMILLARSE EL REY AL CRIADO. (*Matth. cap. 3.*)

« Entónces vino Jesus de Galilea al Jordan á Juan para que le bautizase. Juan se lo prohibia, diciendo: Yo he de ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á mí? Respondiendo Jesus, le dijo: Deja ahora: así conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Entónces le dejó. Y bautizado Jesus, al punto salió del agua. Y veis se abrieron los cielos, y vió el Espíritu Santo de Dios bajar como paloma, y que vino sobre él. Y veis una voz del cielo, que decia: Este es mi Hijo amado, en el cual me agradé. » Fué tan grande esta accion, que se repartieron los misterios de ella por los tres evangelistas. Quiso cada uno tener parte en tan grande sacramento. *Marc. 1*, dice: « Vió los cielos abiertos, y al Espíritu Santo que bajaba como paloma. » Y añade esta grande palabra, que añuda esta accion con lo que dijo *Isaias*: « Y que se quedaba en él. » *Lucas*, cap. 3, dice: « Fué empero como se bautizase todo el pueblo, y Jesus fuese bautizado »; y añade: « Y estando orando, se abrió el cielo. »

En la consideracion de este capitulo parece que se agota todo lo importante del oficio del principe, y todo lo peligroso de

oficio del privado. Cumplir el rey toda justicia es hacer todo su oficio: humillarse al criado el señor, es todo el riesgo. Era San Juan Bautista grande privado de Dios, y el que venció todas las malas andanzas del puesto. No ha habido ni habrá mal paso en la privanza que él no le padeciese y le santificase con su humildad y con su vida y con su muerte. La aclamación del pueblo engañada le ofreció la adoración de Mesías, le rogó con el cargo de su señor: el séquito de las gentes hizo diligencias contra su oficio; su grande santidad equivocaba la fe de los judíos para su persecución. En uno de los capítulos antecedentes ponderaré sus diligencias y sus respuestas. Y como él sabía cuán sabrosa perdición y cuán forzoso peligro es este de la privanza, no por sí, que era hombre enviado de Dios, y no de la ambición; por todos los que serían en el mundo privados habló tales palabras: « Este es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido antes de mí: de quien yo no me rezco desatar la correa del zapato. »

¡ Oh privados, oh reyes! tened respeto los unos hasta á la correa del zapato de vuestro príncipe, los otros haced reverencia hasta vuestro calzado. Yo con toda humildad y reverencia admiro en estas palabras las interpretaciones de los santos que sirven al misterio. Vosotros, todos los que mandáis y aspiráis á mandar, atended á mi explicación. Juan, primero privado escogido, cuando ve vacilar en el reconocimiento del Señor verdadero, de su Rey eterno, del Rey Dios y hombre, en estas palabras dice todo lo que se ha de decir, y todo lo que no se ha de hacer: « No soy digno de desatar la correa de su zapato. » Pues, Santísimo Padre, si Juan privado no es digno de desatar la correa del zapato de su Rey, ¿qué será del criado que intentare atar con la del suyo á su rey? ¿Qué cosa es atar el criado al señor? Eso no se ha de presumir de toda la perdición del seso ambicioso de los hombres; es menester para tan sacrilega osadía toda la desvergüenza del infierno. No sólo no ha de atar el criado ni el ministro al rey, mas ha de conocer y confesar que no merece desatar la correa de sus pies. Lo que el rey añuda, nadie, sino es Dios, y la razón, y la verdad, lo puede desatar sin delito. Majestad tienen los reyes hasta en los pies: digno es de reverencia su calzado. Pues si no es lícito desatar la correa del zapato, ¿cómo será lícito desatar al rey de su

alma, al rey de sus reinos, al rey de su oficio, al rey de la religión, al rey de Dios? Esto el que lo hace, el que desata al rey de estas cosas, no es ministro, no es privado, no es vasallo, no es hombre: lo que es dígalo por el Bautista el evangelista san Juan, que yo no me quiero atrever á decirlo, ni caben en mi autoridad sus palabras, que son dignas de él solo. Oigan los reyes y los emperadores al águila, que es autor de coronas imperiales y blason propio suyo: « Y todo espíritu que desata á Jesus, no es de Dios, y este es espíritu de Antecristo. » El un Juan lo dice, que el que desata á Cristo es espíritu de Antecristo; y el otro Juan, que vino ántes de Cristo y fué enviado de él, cuando dice estas palabras no sólo confiesa que no ha de desatar á Cristo, sino que no merece desatar la correa de su zapato. Y el uno que lo hace fué el privado, y el otro el querido. Y el que no los imitare, si desata á su rey, ¿qué será? Ya lo ha dicho San Juan. Y si le atare (lo que no se puede creer), será Júdas. Ese le vendió y entregó por dineros á la cárcel y á los cordeles. Con razón, pues, Cristo se viene al Jordan á buscar tal criado, á honrarle, y á ser bautizado de él.

El mérito de San Juan nos ha llegado al discurso del capítulo: con sus palabras nos introducimos en sus obras: y este ejemplo no pierde por descender de Cristo, Dios y hombre, á los reyes hombres; que pues los reyes son vicarios de Dios, y reinan por él, y deben reinar para él, y á su ejemplo y imitación, ningún lugar tiene el desahogo de la lisonja, ni lo dilatado de la explicación ambiciosa y negociadora, en estas palabras: « Vino Cristo de Galilea al Jordan para que Juan le bautizase. » Todo va bien: el rey va al criado, no el criado al rey; él se vino á Juan, no le trajo Juan. ¡ Gran decoro de monarca! ¡ Grande y discreta y segura fidelidad de criado! « Juan se lo prohibía. » Hace lo que debe su humildad y conocimiento, lo que conviene á su oficio, que Dios hará lo que conviene á la obra, al gobierno y al misterio. No sale de sí Juan, grandes márgenes deja á la dignidad de Cristo; no compite jamás ni con su sombra. No parece lícito contradecir ni prohibir nada el criado al señor: no parece lícito, porque los atrevidos vuelven la cara hácia otro lado por dejar pasar la verdad. Santísimo Padre, en las honras propias y mercedes excesivas que se les hacen á ellos, lícito les es el prohibirlo, el rehusarlo. Mas los

mañosos, que la doctrina la ajustan al talle de su pretension, prohiben las mercedes de los otros, que luego que no son para ellos, son excesivas; y las propias, aunque sean demasiadas, se admiten con queja por pequeñas, y á veces la insolencia del ministro obliga al principe que le ruegue para que acepte lo que no pudo el criado codiciar sin delito, ni conceder el principe sin afrenta. « Prohibióselo diciendo: Yo he de ser bautizado por ti. »

En el agua, con favores y honras grandes, ejercitó los dos mayores ministros con acciones y palabras bien parecidas. Juan, viniendo Cristo á que le bautizase, se lo prohibía diciendo: « Yo he de ser bautizado por ti. » Pedro parece que repite este suceso y palabras, y le dice: « ¿Tú me lavas á mi los piés? » y se lo quiso prohibir como Juan. Á Juan respondió: « Déjalo ahora: así conviene que nosotros cumplamos toda justicia. » Á Pedro en la respuesta le juntó alguna amenaza: « Si no te lavo, no tendrás parte en mi reino. » Con novedad, Santísimo Padre, examino yo la diferencia de estas respuestas en una propia accion. Juan en el desierto rehusó por su humildad la accion que servia á los misterios de Dios sin testigos, y así bastó la advertencia del fin para que Cristo se humillaba á su criado. Pedro replicó entre todos los apóstoles y delante de Júdas, cuando él hacia aquella accion para ejemplo y para que le imitasen. Á la repugnancia en el misterio y á solas basta advertencia; á la repugnancia al ejemplo entre los que le han de tomar para darle, provechosa es la amenaza. No se ha de temer que el principe dé buen ejemplo aun con humildad rendida.

« Así conviene que cumplamos nosotros toda justicia. » Esta no es cláusula, es sima infinita de misterios. ¿Santísimo Padre, cómo? ; Que ni en el encarnar, ni en el nacer, ni en el morir, ni en el resucitar dijese, que cumplia *toda justicia*, y aquí lo dijese, cuando él es bautizado de Juan, y Juan de él! ¿Qué hay aquí de *justicia*? ¿Cómo se cumple *toda justicia* donde el hecho es sacramento; donde no hay pueblo? Río era, y no tribunal, en el que estaban. Esta vez el agua del Jordan vidriera es de toda la justicia de Dios, de *toda*, y cumplida en *toda*. Dejar el rey su casa y su ciudad por el bien de sus reinos, *justicia es*. Buscar el criado que no se halla digno de desatar la correa de su zapato, *justicia es*. Humillarse por salvar los que tienen á

cargo, *justicia es*. Desnudarse por lós que han menester su desnudez, *justicia es*. Rehusar Juan levantar la mano sobre la cabeza de su Señor, aun para bendecirle, *justicia es*. Estorbar que aun en el desierto el silencio de las peñas y la fuga del agua y el ruido le vean más alto que su Señor, *justicia es*. Mortificarse el criado con la obediencia en tan altos favores, *justicia es*. Autorizar el Rey los despachos de tan grande ministro con tan prodigiosa demostracion, *justicia es*. Que el rey pase por lo que ordena que pasen todos, *justicia es*. Que el principe, para introducir el remedio de los suyos, no repare en desnudarse de la majestad ni en humillarse, *justicia es*. Que empiece por sí mismo la ley que quiere dar á todos, *justicia es*. Que use del remedio que da, *justicia es*; pues aunque no le ha menestar para la disculpa, le ha menestar para el ejemplo.

Solos estaban Cristo y San Juan, mas no por eso el privado se alargó en admitir favores, ni usó de la familiaridad; recibió el criado aquella honra que le mandó el Señor que la recibiese. De otra manera negocian su perdicion en el mundo los ministros que (como ellos dicen) cogen á sus principes á solas, sin entender que el principe para el criado no puede estar solo, porque el reino, el oficio, y el ser lugarteniente de Dios no son separables del rey. Bien habrá habido criados que hayan visto desnudos á sus reyes delante de ellos, y humillados; mas esto no habrá sido porque los reyes propios lo hiciesen por el bien comun, ni lo rehusarian los malos criados. Por eso en los tales con su rey, no se cumple *toda justicia* como aquí. No dice Dios que estos son sus hijos. No sólo no lo dice Dios, mas sus padres se corren de haberlo sido, y de que ellos digan que lo son. Aquí fué en el Jordan donde « se apocó á sí mismo recibiendo forma de criado ». No le apocó el criado, él se apocó. El criado queria reverenciarlo como Señor; mas él, porque conociesen que era el Señor que lo merecia ser, se apocó recibiendo la forma de criad. Apocarse es virtud, es poder, es humildad; dejarse apocar es vileza, es delito. Siempre Cristo mostró que en todo lo que se hacia con él tenían poca parte los que lo hacian, ni el poder. Iba preso, quisole librar Pedro, y le dijo: « ¿Piensas que si yo quisiera libramme, y pidiera á mi Padre que me enviara de guarda un ejército de ángeles, que no me los enviara? » Á Pilato, cuando le dijo que tenia poder de darle muerte y librarle,

le respondió que no tuviera poder si no se le hubiera dado de arriba. « Yo tengo potestad de vivir y morir », dijo.

Tan gran Rey fué, y tan solo rey, que hasta en el padecer y en el morir, que fué á lo que vino, quiso que supiesen que padecía porque queria, porque convenia á su honor y al negocio. « Vió los cielos abiertos, y al Espíritu Santo que bajaba como paloma y quedaba en él. Y veis una voz del cielo que dice: Este es mi Hijo amado, en el cual me agradé. » Aquí tambien se le guardó su justicia á la oracion; ella penetra los cielos siendo fervorosa; ella los abre, y ve abiertos: ora Cristo, y abre los cielos y vélos abiertos. ¡ Buen Rey, que por medio de la oracion trata con Dios los negocios de su reino! « Y vió al Espíritu Santo que bajaba sobre él. » Justicia es que á Rey que se deshace por los suyos y recibe forma de siervo por hacerlos señores, el Espíritu Santo baje sobre él, y quede en él, y le dé á conocer. Justo es que se abra el cielo cuando Cristo instituye el bautismo, con que se ha de poblar su gloria, y restaurar su vecindad ya perdida. Justo es que donde el Hijo de Dios se humilla, el Espíritu de Dios baje. Ved, Santísimo Padre, si donde el criado y el Señor, el cielo y la tierra, el Hijo de Dios y su Espíritu hicieron tantas justicias, se cumplió toda justicia; pues en solo el bautismo está todo. Así se ha de creer: nadie puede salvarse, si no renaciere por el bautismo del agua y del Espíritu Santo.

Bien se conocen los grandes méritos de Cristo en esta acción del Jordan: bien los declaró con demostraciones de todo el cielo. Y ya hubo alguno que, predicando ó haciendo que predicaba por decir cosa que nadie hubiese dicho, dijo lo que nadie puede decir. Declarando estas palabras « Este es mi Hijo muy amado », se atrevió á errar contra la letra sagrada, diciendo: En el Tabor, donde estaba glorioso y trasfigurado, lo dijo afirmativamente; mas en el Jordan, donde le vió humilde y arrodillado, lo dijo como dudando: « ¿ Este que así está prostrado, es mi Hijo amado? » Este, como admirándose de que fuese. — ¡ Gran desdicha de los tiempos! no que haya un impío, un ignorante que tal desacierto pronuncie contra toda la verdad; mas que se usen auditorios que tales cosas las aplaudan, y no las enmienden. Vino Cristo á nacer, á padecer y á morir: á eso le envió su Padre, no á gloria ni á descanso; ¿ y desco-

nocióle cuando hacía lo que le habia ordenado, y á que le enviaba? Que si fuera posible desconocerle, habia de ser glorioso en la tierra, que en un instante hizo á Pedro que desconociese el oficio de Cristo, y á lo que venia; pues olvidársele no era posible. ¡ Grande ignorancia atreverse á llamar indigna de Cristo la acción que abrió los cielos, y cumplió toda justicia, y bajó al Espíritu Santo! ¡ Qué ignorancia tan grande, que diga aquel perdido que no le agrada Cristo, donde el Padre eterno diciendo que es su Hijo dice que le agrada: *In quo mihi-benè complacui!* Perdóneme el que la reprension forzosa á tan mala doctrina ocasiona, por la demasiada cortesía de callar su nombre.

Tan de otra suerte lo pondero yo, Beatísimo Padre, que he considerado con novedad, y muchas veces, qué fué la causa de que en el Tabor y aquí en el Jordan se oyese esta aprobacion y testimonio del cielo, y no en su nacimiento divino; no en la adoracion de los Reyes (cosa de tanta majestad); no en aquel milagro tan espléndido de los panes y los peces; no en la resurreccion de Lázaro; no en su muerte; no en su resurreccion: yo lo he considerado el primero. Y tambien, porque en el Tabor añadió las palabras: « Este es mi Hijo amado, oidle »; y en el Jordan no dijo que le oyesen, sino que era su Hijo. Por la primera diferencia mucho responde todo este capitulo; pues en las demas acciones milagrosas referidas se vieron esfuerzos de su amor por el hombre, hazañas de su justicia contra el pecado original; mas en el Jordan se cumplió toda justicia de su parte, de la de su ministro, de la del Espíritu Santo, y del Padre. Y como él encarnó por librar al hombre del pecado original, vivió y murió por eso, y el bautismo es el sacramento que nos santifica contra él y nos limpia más de la culpa, que fué la causa de su pasion, — fué justicia, como lo demas, que aquí se abriese el cielo, donde moria la culpa que nos le cerró; que aquí bajase el Espíritu Santo, donde la carne mortal se disponia á poderle recibir; que bajase en forma de paloma, en el rio donde se ahogada la primera serpiente; que el Padre dijese: « Este es mi Hijo en quien me agradé », pues entónces por él empezó el hombre inobediente y ciego á serle agradable. Estas cosas tan especiales dieron estos favores á esta acción particularmente entre todas las

demas, y tambien al intento de mi obra, porque en los reyes las acciones de justicia son las de primera alabanza; y entre ellas serán las de mayor alabanza las de toda justicia: y esta fué sola en la que él dijo « que así convenia cumplir toda justicia ». Y es de advertir que todo el oficio de los reyes es justicia. No les dice otra cosa el Sabio: « Amad la justicia los que juzgáis la tierra. » No es opinion mia decir que los reyes en la justicia tienen la misericordia. San Pedro (llamado *Discurso de oro*) dice: « Dios, salva la verdad, se apiada; el cual así da perdon á los pecados, que en la misma misericordia guarda justicia y razon. » Pues en el Tabor bien mereció Cristo favor tan preferido, donde se vistió de fiesta para morir, donde estando en gloria trataba de su muerte, donde se enojó con el más favorecido porque le desviaba de ella con amor y con ternura, donde á tratar de su fin trajo los muertos y despertó los dormidos. Que Cristo entre sus enemigos afligido trate de padecer, grande cosa es; mas que trasfigurado, y entre sus discipulos, y con sus criados trate de morir, fineza es digna de la demoscacion del Jordan.

Resta ver por qué en el Tabor se añadió *ipsum audite* á las palabras del bautismo. Y á mi ver el texto evangélico da la causa. En el Jordan Cristo y Juan decian una misma cosa, iban á su mismo fin: uno como Señor, otro como criado; entrambos cumplieron toda justicia, obrando uno como Dios, otro como ministro. En el Tabor no fué así: Cristo y los que están con él hablaban con él de la partida que habia de hacer y cumplir en Jerusalem. Y así lo entiendo. De esto hablaban con Cristo Moises y Elias. Otro dijo: « Bien será que nos quedemos aquí. » Unos tratan con Cristo de su partida, Pedro de su quedada. El Evangelista dice que los de la partida hablaban á propósito, y no Pedro: « No sabia lo que decia. » Pues como era parecer tan contrario á lo que convenia al género humano y á Cristo y á su Padre el de San Pedro, fué necesario que se dijese: Oidle á él, que trata de ir donde le envió; no á Pedro, que pretende que se quede aquí. Santísimo Padre, cuando los primeros ministros descaminan, aunque sea con buen celo, el oficio del rey, si callan todos, el cielo habla. Y cuando advertidos del cielo prosiguen, como hizo Pedro en

bajando del monte: *Non expedit tibi, Domine: Absit à te, Domine*, entónces no se excusaba el despedirle: *Vade retro post me*. ¡Justa cosa mandar que se vaya al que queria quedarse! El cielo y Dios habla en los predicadores. Ministro que no los oye y prosigue, despedirle: y en el rio y en el monte sea oido el rey; y no se atreva el criado á desatar la correa de su zapato, ni á bendecirle, si él no se lo mandare.

CAPÍTULO X.

CÓMO HA DE SER LA ELECCION DE CAPITAN GENERAL Y DE LOS SOLDADOS, PARA EL MINISTERIO DE LA GUERRA: CONTRARIOS EVENTOS Ó SUCESOS DE LA JUSTA Ó INJUSTA; Y EL CONOCIMIENTO CIERTO DE ESTAS CALIDADES.

Post mortem Josue consuluerunt filii Israel Dominum, dicentes: Quis ascendet ante nos contra Chananaeum, et erit dux belli?

Tiene grandes prerogativas la materia de guerra y la eleccion de capitan general, para que a ella preceda el consultarla con Dios. Él se llama *Dios de los ejércitos*, y así le llama la Sagrada Escritura. David no tuvo guerra, ni se defendió de enemigos, ni los venció, sin que precediese esta consulta. De las acciones humanas ninguna es tan peligrosa, ni de tanto daño, ni asistida de tan perniciosas pasiones, envidia, venganza, codicia, soberbia, locura, rabia, ignorancia: unas la ocasionan, otras la admiten. Es muy difícil jus usticiar las causas de una guerra: muchas son justas en la relacion, pocas en el hecho; y la que raras veces es justificada con verdad, es más raro limpiarse de circunstancias que la disfamen. Las que Dios no manda, desventuradamente se aventuran; y en las que él manda, no es dispensable, sin consultarle y sin su decreto, el nombrar capitan general que gobierne en ellas. Lo que en el Testamento Viejo despachó el coloquio con Dios, hoy lo negocia la oracion á Dios, los sacrificios. Los hombres juzgan de otros por lo que saben; es poco: por lo que ven; es corto: por lo que oyen; es dudoso: por felices sucesos; tiene ménos riesgo, y el engaño más honesta disculpa; mas ninguna des-

quita los arrepentimientos de los días y de las ocasiones. Victorias conseguidas por estos medios, medios son de vencimientos y persuasión para ruinas. Es materia que está fuera de la presunción del seso humano.

Adviértase que no sólo se ha de pedir á Dios nombre capitán, sino que se ha de saber pedir, no para que los envíe ni los mande con las órdenes solas, sino quien vaya delante en la guerra y en el peligro « ¿ Quién subirá contra el cananeo delante de nosotros? » No basta que vaya con ellos, si no va delante. Más importa que yendo delante le vean los soldados pelear á él, que no que yendo detras vea él pelear á los soldados, cuanto es más eficaz mandar con el ejemplo que con mandatos; más quiere el soldado llevar los ojos en las espaldas de su capitán que traer los ojos de su capitán á sus espaldas. Lo que se manda se oye, lo que se ve se imita. Quien ordena lo que no hace, deshace lo que ordena: Dijo el Señor: Júdas subirá. » ; Breve y ajustado decreto! Eligeles el general, y con la condicion que le piden. Dijeron: « ¿ Quién subirá delante de nosotros? » Responde: « Júdas subirá ». Saber pedir á Dios, es el arte de alcanzarlo que se pide

« Y dijo Júdas á Simeon su hermano. Supe conmigo á mi fuerte, y combate contra el cananeo, y yo despues iré contigo á tu fuerte. Y fué con él Simeon. El pueblo pidió capitán á Dios, que subiese delante de ellos, diósele Dios con promesa de la victoria: « Y respondió el Señor: Júdas irá; porque yo he puesto la tierra en sus manos. » Pues, ¿ cómo Júdas, siendo él solo nombrado, dice á su hermano Simeon que suba con él, y parte con otro el cargo que Dios le dió á él solo? Parece desconfianza de la victoria que le prometió: esto parece, mas no lo es. Toca al Dios de los ejércitos nombrar al general y dar la victoria que puede dar él solo; empero deja los medios al hombre. Dejó á Júdas el hacer las confederaciones y alianzas: sabía que era advertido en hacerlas. Hizola con su hermano Simeon, no por hermano, que todos lo eran, sino por más vecino á su tribu, cuyas ciudades estaban no sólo juntas sino mezcladas, por más amigo con experiencias repetidas. El socorro apartado ménos dañoso es cuando se niega, que cuando se tarda: previénese el que no le espera; engañase el que le aguarda; emprende lo que solo

no pudiera, juzgándose asistido, y hállase solo. Por eso dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*: « Mejor es el amigo cerca, que el hermano léjos. » En nuestro caso hay cerca hermano y amigo. Quien hace liga con príncipe distante, prevéngase á quejarse de sí, si viene despues que le hubo menester; y si no viene, de él y de sí.

« Entregó Dios en las manos de Júdas al cananeo y al fereceo, y degollaron en Bezec diez mil hombres. Y hallaron á Adoni-bezec en Bezec, y pelearon contra él, y vencieron al cananeo y al fereceo. Empero huyó Adoni-bezec: siguiéronle y aprisionáronle, cortándole las extremidades de las manos y de los piés. Y dijo Adoni-bezec: Setenta reyes cogian las migajas que me sobraban debajo de mi mesa, cortadas las extremidades de las manos y de los piés: como yo lo hice, así lo hizo Dios conmigo. Lleváronle consigo á Jerusalem, y allí murió. »

Guerra que es instrumento de la venganza de Dios en sus enemigos, en su justicia se justifica. Asistir á la causa de Dios es ser ministros suyos; ser medio de su providencia es calificación de la victoria. Cogen á Adoni-bezec, y córtanle las extremidades de los piés y manos, y confiesa él mismo que Dios hizo con él lo que él con setenta reyes. Sepan setenta reyes que pueden ser despedazados de uno; y sepa el que los despedazó, que puede ser despedazado, y que cada uno se condena, en lo mismo que hace padecer, á padecer lo mismo.

Enojóse Dios con su pueblo. ¿ Por qué? Porque mandándole que no perdonase á sus enemigos, los perdonó. Quien perdona á los enemigos de Dios, no es piadoso por Dios: es rebelado contra Dios. Excitó Dios por esto enemigos que le oprimieron: abrióles los ojos la calamidad, que es el colirio de los que ciega el pecado. « Y los hijos de Israel volvieron á hacer el mal delante del Señor, despues de la muerte de Aod. Y entrególos el Señor en manos de Jabin, rey de Canaan, que reinó en Asor. » Cuando entrega Dios una república ó una nacion en manos de sus enemigos, negociación es de sus culpas. El pecado es periodo de los imperios y la cláusula de las dominaciones y ejércitos. Ménos hace lo que los enemigos pueden, que lo que las culpas merecen. Quien qui-

siere vencer, no se deje vencer de las ofensas de Dios: « Habia una profetisa llamada Débora, mujer de Lapidoth: esta en aquel tiempo gobernaba el pueblo. Y sentábase debajo de una palma que tenia su mismo nombre, entre Rama y Bethel, en el monte de Efraim; y venian á ella los hijos de Israel en todos sus litigios. Ella envió á llamar á Barac, hijo de Abinoem de Cedés de Néftali, y dijóle: El Señor Dios de Israel te manda; vé, y lleva el ejército al monte Tabor, y tomarás contigo diez mil combatientes de los hijos de Néftali y de los hijos de Zabulon; y yo haré que vengan á ti en el lugar del arroyo de Cison, Sisara general del ejército de Jabin, y sus carros y toda su gente, y los pondré en tu mano. Y dijole Barac: Si vienes conmigo, iré; mas si no quieres venir conmigo, no iré. Ella le respondió: Bien está, yo iré; empero esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque Sisara será vencido de una mujer. Dicho esto, Débora se levantó y fué con Barac á Cedés. » Dice Débora á Barac que Dios le manda que vaya á la guerra con diez mil hombres, y que vencerá á sus enemigos; y él responde á Débora que si ella va con él, irá; y si no, que no irá. Parece desconfianza de la palabra de Dios, y que duda de que yendo solo tendrá la victoria. Responde Débora: « Yo iré; empero esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque Sisara será vencido de una mujer. Dicho esto, Débora se levantó, y fué con Barac á Cedés. »

La más recóndita doctrina militar se abrevia en este suceso. Si yo sé desañudarla de las palabras, deberánme los príncipes y soldados la más útil lección. Llevar Barac consigo á Débora, mujer con quien ó por quien habla Dios, no es desconfiar de su promesa, sino acompañarse de su ministro. Quiere ir, porque le dice Débora que vaya de parte de Dios; y no quiere ir sin Débora, mujer santa, favorecida de Dios: obedece el mandato, y reverencia la mensajera. Quien se acompaña de los favorecidos de Dios, asegurar quiere lo que por ellos les manda Dios.

Bajemos á lo político. Mandar ir á la guerra á otros, y si es necesario, no ir quien lo manda, aun en una mujer no lo consiente Dios. Por esto fué Débora con Barac luego que él dijo no iria si ella no iba. Los instrumentos de Dios no rehusan poner

las manos en lo que de su parte mandan á otro que las ponga. Esto en Barac fué obedecer y saber obedecer, y en Débora dar la orden y saberla dar; ser ayuda al suceso, no inconveniente. Puso Dios este ejemplo en una mujer, porque ningun hombre le pudiese rehusar, y porque quien le rehusase fuese tenido por ménos que mujer.

No es ménos importante la doctrina que se sigue. Dice Débora que irá con Barac; empero que la victoria de Sisara no sería suya, sino de una mujer: cosa que parece habia de disgustar á Barac y desazonarle, y orden en que retrocedia con disfavor suyo la gloria que se le prometió solo en la orden primera. No obstante esto, Barac fué y obedeció.

¿ Cuántas plazas se han perdido, cuántas ocasiones, y por ellas batallas de mar y tierra, sólo por llevar ó no la vanguardia, tener este ó aquel puesto, lado izquierdo ó derecho, sobre quién ha de dar las órdenes y á quién toca mandar? Son tantas, que casi todas las pérdidas han sido por estas competencias, más que por el valor de los contrarios. Generales y cabos que gastan lo belicoso en porfiar unos con otros, al cabo son la mejor disposicion para la victoria del enemigo. Hombres que no quieren que mande más la necesidad del socorro que sus puntillos, y la oportunidad en acometer que su presuncion, — en más precio tienen el entonamiento, que la victoria. Á los que no concierta el bien público, más debe temerlos el que los envía que quien los aguarda. Y es de advertir que esto es por melindres personales y sobre ir á cosa contingente. Empero Barac, en jornada que le manda Dios hacer, donde la victoria era indubitable, pleitea el que Débora, mujer, vaya con él, asegurando en su compañía el suceso. Y diciéndole Débora que irá, mas que la gloria de la muerte de Sisara no ha de ser suya, sino de otra mujer cuyo nombre fué Jael, no monstró sentimiento, no porfió, no alegó el sexo, ni el ser electo por capitan general él solo. Contentóse con la mayoría de obedecer y con el mérito de no replicar: venció ejército formidable; borró con su propia sangre los blasones de tan innumerable soberbia; obligó á que Sisara desconfiase del carro falcado, y huyese. Lleváronle vergonzosamente sus piés á la casa de Jael, que le recibió blanda y le habló amo-

rosa, y le escondió diligente donde descansase; pidióle agua, fatigado de la sed; dióle á beber en su lugar leche; bebió en ella sueño, que no se contentó con ser hermano de la muerte, sino padre: dormido, le pasó con un clavo que arrancó las sienes; buscó pródiga la parte más sin resistencia al golpe y más dispuesta á perder luego todos los sentidos con él. Desempeñóse la promesa que por Débora hizo Dios á Barac y á Jael. Barac venció á fuerza de armas, asistido del poder de Dios: Jael, como mujer, llamándole *mi señor*, escondiéndole y regalándole con astucia prudente (esto significa la voz hebrea), cada uno con las armas de su naturaleza. ¿De qué otro ingenio pudo ser estratagema tan á propósito, como al que pide agua para matar su sed, darle leche para matarle la vida, y acostarle en la muerte? No es ménos ofensiva arma la caricia en las mujeres, que la espada en los hombres: de esta se huye, y esotra se busca. Cante Débora igualmente las hazañas de Barac con todo un ejército, y las de Jael con un clavo. Aquellas constaron de mucho hierro y sangre; esta de poco hierro y leche. En la causa de Dios tanto vale un clavo como un ejército; y la leche combate es y municion, y no alimento.

En viéndose vengados y defendidos, vuelven á pecar, y de nuevo provoca el pueblo de Dios con delitos su enojo; castígalos al instante con los madianitas, desolándolos. La mayor piedad de Dios con su pueblo fué el castigarle á raíz de la culpa y prevaricacion, sin dilatar en su paciencia el castigo, favor que no hizo á otros. No es opinion mia, es aforismo sagrado, que yo advertí con admiracion religiosa en el libro segundo de los Macabeos: « Porqué señal es de grande beneficio no permitir á los pecadores largo tiempo el obrar segun su voluntad, sino aplicar desde luego el castigo. Porque el Señor, no como con las otras naciones que sufre con paciencia para castigarlas en el colmo de sus pecados, cuando viniere el dia del juicio, lo ordenó así con nosotros. » Más se ha de temer por el pecador la paciencia de Dios, que el castigo: aquella le agrava y le crece cuanto le dilata; este advierte al pecador y le corrige. República tolerada en pecados y abominaciones en la paciencia de Dios, atesora ruinas. Las palabras referidas son doctrina y pronósticos, no

por conjeturas de los semblantes del cielo; sino por palabras dictadas del Espiritu Santo. Estaba el pueblo de Dios en poder de sus delitos, y por eso en el último peligro: clamó á Dios para que le rescatase del poder de los madianitas, que ya tenían reducidos á ceniza sus campos y fortalezas. Arma Dios á Gedeon en su defensa. No hay más pérdida que apartarse de Dios, ni más ganancia que volverse á él. Manda á Gedeon juntar gente: formó numerosísimo ejército.

Á la pluma se ha venido lo más importante del arte militar. Sólo Dios pudo y supo enseñarlo y verificarlo: doctrina y hazaña suya es. No está la victoria en juntar multitud de hombres, sino en saber desecharlos y elegirlos. El número no es fuerza: confia y burla más que vence. Muchos suelen contentarse con ser vocablo y blason: en no los temiendo la vista, el corazón los desprecia; más dan que hacer á la aritmética, que á los contrarios. La multitud es confusion, y la batalla quiere orden. Pocas veces es la fanfarria defensa, muchas ruina. Dígalo Dios, porque no haya duda en tan importante advertimiento (Cap. 7 de los Jueces): « Y dijo el Señor á Gedeon: Mucho pueblo hay contigo, Madian no será entregado en tus manos; porque no se glorie contra mi Israel, y diga: Con mis fuerzas me libré. » Reparó Dios en que era mucho el pueblo que Gedeon llevaba consigo, y dijo que no les entregaría á Madian; y la causa, porque no se alabe Israel y diga: « Con mis fuerzas me libré »; enseñando que la fuerza la estimarán por la multitud. Y para que sepan disponer sus empresas, añade: « Habla al pueblo, y haz publicar de manera que lo oigan todos: El que es medroso y cobarde, vuélvase. Y se retiraron del monte de Galaad, y se volvieron veinte y dos mil hombres del pueblo, y sólo quedaron diez mil. » Dos veces más eran los cobardes y medrosos que se volvieron, que los valientes que se quedaron en que se conoce el peligro de los ejércitos grandes, que llevan muchos y tienen pocos; acometen como infinitos, y pelean como limitados. Más seguridad es que los despidan, que no que se huyan; no es el acierto muchos, sino buenos; junta los cobardes el poder, y descabálos el miedo. El tímido aunque le lleven á la guerra, no va á ella. Son los cobardes gasto hasta llegar, y estorbo en llegando. El que aguarda á

conocerlos en la ocasion, tan necio es como ellos cobardes: nada se les debe dar con tanta razon como licencia. Por esto mandó á Gedeon Dios pregonase que los cobardes y medrosos se volviesen; y de treinta y dos mil se volvieron los veinte y dos.

Y porque no sólo basta expeler del ejército los cobardes, sino los valientes que lo son con su comodidad, achaque no ménos peligroso, « dijo el Señor á Gedeon: Aun hay mucha gente, llévalos á las aguas, y allí los probaré; y el que yo te dijere que parta contigo, ese vaya; y al que le vedare el ir, vuélvase. Y habiendo descendido el pueblo á las aguas, dijo el Señor á Gedeon: Pondrás á un lado los que lamieren el agua con la lengua, como suelen hacer los perros; y los que hincaren la rodilla para beber estarán en otra parte. Y fué el número de los que habian lamido el agua, echándola con la mano en la boca, trescientos hombres: todo el resto de gente habia doblado la rodilla para beber. Y dijo el Señor á Gedeon: Con los trescientos hombres que han lamido el agua, os libraré y pondré en tu mano á Madian; mas toda la otra gente vuélvase á sus casas. » Quedaron de treinta y dos mil, diez mil; y aun dice Dios que son muchos. Desecha por superfluo lo que no es útil; dice que los lleve á las aguas y que los pruebe; que los atentos á la ocasion, y que por hallarse prontos á lo que se ofreciere bebieren en pié, salpicándose con el agua las bocas (que es más lamer como perros que tragar), que esos aparte, y sólo esos lleve; y que á todos aquellos que por beber más, y con más descanso y más á satisfaccion de su sed, doblando las rodillas, bebieren de bruces, los despida y envíe á su tierra. Estos acomodados fueron nueve mil y setecientos, y los despidió; y los que pospusieron su comodidad á su obligacion, solos trescientos; y con estos solos le mandó Dios que fuese: útil advertencia, y temeroso ejemplo para los príncipes.

Si de un ejército junto por Gedeon de treinta y dos mil hombres, se hallaron veinte y dos mil cobardes y nueve mil y setecientos acomodados, y solos trescientos valientes y sin aquel achaque, y por eso solamente útiles y dignos de la victoria, ¿qué se debe temer y expurgar en los ejércitos de aquel y de mayor y menor número? Valientes con su comodidad sólo difieren, en el nombre, de los cobardes, no en los efectos.

Ser inútil por tener temor de otro, ó por tenerse amor á sí, no es diferente en las obras. No hallarse en la ocasion por no dejar de comer, por acabarse de vestir ó armar á su gusto, por no dejar de dormir algo más, ó por dormir desnudo, es huir sin moverse, y no es ménos infame que corriendo. Medrosos y valientes acomodados no son gente de cuenta. Por esto aunque vayan treinta y un mil y setecientos, no hacen número, y trescientos solos lo hacen. No ha de juntar los ejércitos la aritmética, sino el juicio. En los ejércitos del guarismo halla el suceso muchos yerros en las sumas, échale fuera muchas partidas. Quien pesa y no cuenta ejércitos y votos, más seguramente determina, y más felizmente pelea. Llevar muchos soldados y malos, ó pocos y buenos, es tener el caudal en oro ó abreviado en el valor, ó padecerle, carga multiplicada en número y peso bajo. Los bultos ocupan y la virtud obra.

Jerjes barrió en soledad sus reinos; sin elegir la gente llevó tanta, que si los enemigos no podian contarla, él no podia regirla: venció la hambre de su diluvio de hombres las cosechas desapareciéndolas, y su sed los rios enjugándolos; dejó desiertas sus tierras para poblar los desiertos; enseñó á la mar á sufrir puente; ultrajó la libertad de los elementos; salióse, á poder de confusion armada, con ser pesadumbre á la naturaleza. Estos afanes mecánicos obró con el sudor de la multitud; mas peleando, ántes fué vencido de pocos, que supiese que peleaban. Volvió huyendo, como dice Juvenal (*Sat.* 10), con sola una nave, navegando en el mar la sangre de los suyos, y tropezando la proa en los cadáveres de su gente, que la impedían la fuga vergonzosa. Roma, con el aviso de haber Anibal vencido las nieves y alturas de los Alpes y entrado en Italia, obedeciendo al susto por consejo, se desató de pueblo y nobleza para oponérsele formidable. Dióse la batalla en Cánas, y de tan ostentosa multitud apenas se le escapó á la muerte una vida que contase la ruina. Diferentes son el oficio del ciudadano y del soldado. Esta fué la causa de la pérdida, y por esto Anibal decia que los romanos sólo en su tierra podian ser vencidos, y que en la ajena eran invencibles. Los que estaban fuera todos militaban y sabian el arte, y tenian la medra en la victoria, y tenian con almas venales acostumbrados los oídos á estas dos voces: mata, muere. Los que en su patria

poblaban las ciudades y lugares, acostumbrados al descuido de la paz y á los desacuerdos del ocio, enseñados á servir á la toga y á reverenciar las leyes, y sólo atentos al lustre de sus familias y á su comodidad, cuando los junte la necesidad y la obligacion, cumplen con ella sólo con morir contentos con saber por qué, sin saber cómo. Esto que Anibal verificó en Roma, poca excepcion puede padecer en otra ninguna gente. La nobleza junta es peligrosísima, porque ni sabe mandar, ni obedecer. Esta parte fué tan auxiliar á Anibal, que midió á fanegas las ejecutorias; que entónces los anillos lo eran para la nobleza. Pompeyo amontonó naciones, y de avenidas de bárbaros discordes fabricó, en vez de ejército, un monstruo, en la cantidad prodigioso. Habia ya con la paz desaprendido el capitán. César, que fué con legiones escogidas y ejercitadas, le rompió sin otro trabajo que el de haber de degollar tan pocos á tantos.

Acerquémonos á nosotros. El rey don Sebastian se llevó su reino consigo, y no sólo los nobles sino sus herederos, aun sin edad bastante para oír la guerra si se la contarán. Perdió la jornada miserablemente; murió él, y de todos, siendo tantos, nadie escapó de muerto ó cautivo. La armada de Inglaterra que juntó el señor rey don Felipe II, cuyo nombre y relacion sólo pudo conquistar para su pérdida, que tanto quebrantó la monarquía, adoleció de abundancia de nobles novicios, que con fidelísimo celo llevaron peso á los bajeles, discordia al gobierno, embarazo á las órdenes, y estorbo á los soldados de fortuna.

Otros muchos ejemplos pudiera referir; mas estos son bastante ilustres, lastimosos y conocidos por los principes y los capitanes generales, y los sucesos. Y siempre que no se imitare lo que Gedeon ejecutó por mandado de Dios en dar licencia á los cobardes para volverse ó quedarse, y á los valientes acomodados, se podrán repetir las calamidades referidas en ejércitos, y generales, y principes, y provincias. Cierto es que pues Dios con alistar mosquitos vence, y sin otro medio que quererlo, que pudiera vencer á los madianitas con los tímidos y acomodados, como con los trecientos valientes; empero hasta en lo que obra su poder nos enseña cómo hemos de obrar con el nuestro, sin excluir las causas naturales. Sepan

los principes, que pues Dios, que para vencer no necesita de valientes ni cobardes, escoge valientes, que ellos no pueden vencer sin ellos. No han de presumir aun con ellos, y mucho ménos valiéndose de los cobardes. Dios, que es (como dice el salmo) el que sólo hace milagros, no quiso que fuese milagro todo, y se sirvió de ministros naturales. Nadie pretenda que todo sea milagro; que es antes persuasion del descuido que de la piedad religiosa. Peleó Gedeon y los trecientos, y en milagro tan grande tuvieron lugar y aclamacion. Quien sirve y obedece á Dios, ni litiga el premio ni mendiga el sueldo. En el capítulo 7, al embestir (como acá decimos *Santiago*, otros *san Dionis*, otros *san Jorge*) aclamaron igualmente: « Espada de Dios y de Gedeon. » No se dedigna el Dios de los ejércitos de que la espada que pelea por él sea invocada con la suya. No sólo permitió que los soldados lo gritasen, sino que Gedeon se lo mandase. Con mucha elegancia dispone el parafrastes caldeo aquel grito, cuando Gedeon es mandó que dijese: « Á Dios, y á Gedeon. »